CRONICA DEL PARAISO

MI abuela Eva tenía
los ojos del color
travieso verde claro de aventura.

Mi abuelo Adán le hacía
beber la sangre lírica
de vuelos recién hechos,
y el mundo no le daba
ni tiempo de inventarse la cocina
y mucho menos, días
de sobra para hacerle
horarios a la vida de mi abuelo.

Era toda de saltos poderosos,
mirada toda ella para el río
apenas si con peces todavía,
beso de pronto para el hombre
jinete de leones
y tierno acunador de las culebras.

Le daba de comer a las hormigas
y al viento lo mimaba como a un hijo.

Dios le besaba
los párpados librándola del sueño...

Y un día, mi abuelo Adán
mordió a la abuela Eva
en loca dentellada de simiente.

Fiero mi abuelo
mordiendo fué aquel barro
moreno y bien mojado en toda fruta.

Y así, mi abuela Eva
lloró poco más tarde
como una plaza sucia de suburbio,
como el vino final de las botellas,
como un aburrimiento
de multimillonaria que se cansa...
Después vino Caín,
y más tarde, nosotros.



JOSE M.ª REQUENA